

puedan haberle dicho: conoce demasiado la maldad de los intrigantes para condenarme sin querer oírme. También hay miedosos que obran así; pero es de esperar que llegue el día en que se vea quiénes son las personas verdaderamente adictas. Me ha dicho que era inútil me mezclase en sus asuntos, y lo siento, porque me complazco en creer que habrían sido arreglados según sus deseos. Sospecho, sobre poco más ó menos, la persona que le ha hecho cambiar en este punto: si en ocasión oportuna hubiese sido yo menos discreto, no habría estado siquiera en posición de perjudicarme con vuestro excelente *principal*. En fin, no por eso le profeso menos adhesión; podeis asegurárselo de nuevo, ofreciéndole mis respetuosos homenajes. Me atrevo á esperar que llegará un día en que pueda conocerme y juzgarme.

» Recibid, caballero, etc. »

Jacinto dió á este billete la siguiente respuesta que le dicté yo mismo:

« Mi principal nada tiene de particular contra la persona que me ha escrito; pero quiere vivir fuera de todo, y no quiere aceptar servicio ninguno. »

Muy luego tuvo lugar la catástrofe.

¿ Conoce el lector la calle de *Prouvaires*, calle estrecha, sucia, populosa, en la vecindad de San Eustaquio y de los graneros? Allí fue donde se dió la famosa comida de la tercera restauración. Los convidados iban armados de pistolas, puñales y llaves; después de beber debían introducirse en la galería del Louvre, y pasando á media noche por entre dos filas de obras maestras ir á herir al monstruo usurpador en medio de una fiesta. La concepción era romántica; había vuelto el siglo xvii, y podía uno creerse en el tiempo de los Borgias, de los Médicis de Florencia y de los Médicis de París, si se exceptúan los hombres.

El 1.º de febrero á las nueve de la noche iba yo á recogerme, cuando un hombre zeloso y el individuo de las letras de cambio forzaron mi puerta de la calle del Infierno para decirme que todo estaba preparado; que dentro de dos horas habría desaparecido Luis Felipe: venían á informarse de si podrían declararme jefe del gobierno provisional, y si consentía en tomar con un consejo de regencia las riendas del gobierno provisional en nombre de Enrique V. Confesaban que la cosa ofrecía peligros; pero que con eso sería mayor la gloria que recogería, y que como yo convenía á todos los partidos, era el único hombre en Francia que estaba en posesión de hacer un papel semejante. Era aquello estrecharme demasiado: ¡ dos horas para decidirme á aceptar la corona, dos horas para aguzar el gran sable de mameluco que compré en el Cairo en 1806! Sin embargo, no esperé el menor apuro, y les dije: — « Señores, ya sabeis que jamás he aprobado esta empresa, que me parece insensata. Si tuviese que mezclarme en ella, habría compartido vuestros riesgos y no hubiera aguardado á vuestra victoria para aceptar el precio de vuestros peligros. Sabeis que amo seriamente la libertad, y tengo la convicción por los que manejan este asunto, de que no quieren libertad, y que una vez dueños del campo de batalla principiarían por establecer el reinado de la arbitrariedad. No tendrían á nadie, y mucho menos á mí para sostenerlos en sus proyectos: su triunfo acarrearía una verdadera anarquía, y aprovechándose el extranjero de nuestras discordias, vendría á desmembrar la Francia. No puedo, pues, entrar en todo eso. Admiro vuestro leal ardor; pero el mío no es de la misma naturaleza. Voy á acostarme: os aconsejo que hagais otro tanto, y mucho temo saber mañana por la mañana la desgracia de vuestros amigos. »

Tuvo lugar la comida; el dueño de la casa, que no la había dispuesto sino con autorización de la policía, sabía á que atenerse. Los espías brindaban á voz en

grito á la salud de Enrique V; llegaron los sargentos municipales, agarraron á los convidados, y derribaron una vez más la copa del trono legítimo. El Renato de los aventureros realistas era un zapatero de la calle del Sena, condecorado de julio, que había peleado con valor en las tres jornadas y había herido gravemente por Enrique V á un agente de la policía de Luis Felipe, como había muerto soldados de la guardia para espulsar al mismo Enrique V y á los dos ancianos reyes.

Durante este asunto había yo recibido un billete de la duquesa de Berry, que me nombraba *miembro de un gobierno secreto* que ella establecía en cualidad de regente de Francia. Aproveché esta ocasión para escribir á la princesa la carta siguiente:

« Señora: Con el más profundo reconocimiento he recibido el testimonio de confianza y estimación con que habeis querido honrarme, el cual impone á mi fidelidad el deber de redoblar mi celo, sometiendo siempre á la consideración de V. A. R. lo que me parezca la verdad. »

» Hablaré primero de las pretendidas conspiraciones, cuyo rumor habrá quizá llegado á oídos de V. A. R. Se afirma que han sido fraguadas ó provocadas por la policía. Dejando á un lado el hecho, y sin insistir en lo que las conspiraciones (verdaderas ó falsas) tienen de reprehensible en sí mismas, me contentaré con observar que nuestro carácter nacional es á la vez demasiado ligero y franco para salir bien en semejantes empresas. Así es que hace cuarenta años estas especies de empresas culpables han salido constantemente mal. No hay cosa más común que oír á un francés jactarse públicamente de pertenecer á un *complot*, y cuenta todos sus detalles, sin olvidar el día, el sitio y la hora á algún espía á quien toma por un camarada; dice en voz alta ó más bien grita á los transeúntes: — « Tenemos cuarenta mil hombres bien contados, y sesenta mil cartuchos; tal calle, número tantos, casa que hace esquina. » Y en seguida ese Catilina se va á bailar y á reír.

» Solo las sociedades secretas tienen una poderosa influencia, porque proceden por revoluciones y no por conspiraciones: tienden á cambiar las doctrinas, las ideas y las costumbres, antes de cambiar los hombres y las cosas: sus progresos son lentos; pero sus resultados seguros. La publicidad del pensamiento destruirá la influencia de las sociedades secretas: la opinión pública será la que opere ahora en Francia lo que las congregaciones ocultas operan en los pueblos no emancipados todavía.

» Los departamentos de Oeste y Mediodía, á quienes parece quererle impulsarse á la desesperación por la arbitrariedad y la violencia, conservan ese espíritu de fidelidad que distinguió á las antiguas costumbres; pero esa mitad de la Francia no conspirará jamás en el sentido estricto de esta palabra: es una especie de campamento en descauso sobre la armas. Admirable como reserva de legitimidad, sería insuficiente como vanguardia, y nunca tomaría con éxito la ofensiva. La civilización ha hecho sobrados progresos para que estalle una de esas guerras intestinas de grandes resultados, recurso y azote de los siglos á la vez más cristianos y menos ilustrados.

» Lo que existe en Francia no es una monarquía: es una república, y en verdad de la peor especie. Esta república se halla escudada con un trono que recibe los golpes é impide que vayan á herir al gobierno mismo.

» Además, si la legitimidad es una fuerza considerable, la elección es también un poder preponderante, aun cuando no sea más que ficticia, especialmente en este país en que no se vive más que de vanidad: la pasión francesa, la igualdad, se halla lisonjeada por la elección.

» El gobierno de Luis Felipe se entrega á un doble exceso de arbitrariedad y de oficiosidad en que jamás había pensado el gobierno de Carlos X. Se tolera ese exceso; ¿ y por qué? Porque el pueblo soporta mejor la tiranía de un gobierno que él ha creado que el rigor legal de instituciones que no son obra suya.

» Cuarenta años de borrascas han quebrantado los espíritus más fuertes: la apatía es grande, el egoísmo casi general; todos se encogen para sustraerse al peligro, conservar lo que tienen y vegetar en paz. Después de una revolución quedan también hombres gangrenados que comunican á todos su peste, como después de una batalla quedan cadáveres que corrompen el aire. Si como por ensalmo pudiese Enrique ser transportado á las Tullerías sin incomodidad, sin sacudimientos, sin comprometer los menores intereses, estaríamos muy próximos á una restauración; pero si para conseguirla se necesita siquiera pasar una noche en vela, disminuyen las probabilidades.

» Los resultados de las jornadas de julio no han redundado ni en provecho del pueblo, ni en honor del ejército, ni en ventaja de las letras, de las artes, del comercio y de la industria. El estado ha venido á ser presa de los ministeriales de profesión y de esta clase que mira la patria en su olla y los negocios públicos en su hogar: es difícil, señora, que conozcáis de lejos lo que aquí se llama el *justo medio*: figúrese V. A. R. una ausencia completa de elevación de alma, de nobleza de corazón, de dignidad de carácter; imagínese unas personas hinchadas con su importancia, hechizadas con sus empleos, locas por su dinero, resueltas á dejarse matar por sus sueldos, de los que nada en el mundo les haría separarse: es cosa para ellas de vida ó muerte, y están apegadas á ellos como los Gaudas á sus espadas, los caballeros á la oriflama, los hugonotes al penacho blanco de Enrique IV, los soldados de Napoleón á la bandera tricolor: no morirán sino apurados sus juramentos á todos los sistemas después de derramar su última gota de sangre sobre su último empleo. Estos eunucos de la casi legitimidad dogmatizan la independencia haciendo apallear en las calles á los ciudadanos, y hacinando á los escritores en los calabozos; entonan cánticos de triunfo, evacuando la Bélgica á una intimación de un ministro inglés, y muy luego á Ancona por orden de un cabo austriaco. Entre las puertas de Santa Pelagia y las de los gabinetes de Europa se solazan henchidos de libertad y embarazados de gloria.

» Lo que he dicho acerca de las disposiciones de la Francia no debe desanimar á V. A. R.; pero quisiera que se conociese mejor el camino que conduce al trono de Enrique V.

» Sabeis mi modo de pensar relativamente á la educación de mi joven rey: mis sentimientos se hallan espresados al fin del folleto que he puesto á los pies de V. A. R.: no haría más que repetirme: « Que Enrique V sea educado para su siglo, con los hombres y por los hombres de su siglo: » estas palabras resumen todo mi sistema. Que sea educado sobre todo, para no ser rey. Podrá reinar mañana, podrá no reinar jamás, porque si la legitimidad tiene las diversas probabilidades de ser establecida de que voy á ocuparme al momento, podría no obstante hundirse el edificio actual sin que saliera aquella de entre sus ruinas. Teneis, señora, el alma bastante fuerte para suponer, sin dejáros abatir, un juicio de Dios que sumergiese vuestra ilustre raza en los manantiales populares, así como teneis el corazón bastante grande para alimentar justas esperanzas, sin dejáros deslumbrar por ellas. Ahora debo presentaros este otro lado del cuadro.

» V. A. R. puede desafiarme y arrostrarlo todo con su edad: le quedan todavía más años que recorrer que los trascurridos desde el principio de la revolu-

ción. Ahora bien: ¿ qué no han visto estos últimos años? Cuando la república, el imperio, la legitimidad han pasado, ¿ no había de pasar la anfibia situación del justo medio? Pues qué, ¿ sería para llegar á la miseria de hombres y cosas del momento para lo que habríamos atravesado y gustado tantos crímenes, desgracias, talento, libertad y gloria? Pues qué ¿ habríamos visto á la Europa trastornada; á los tronos hundidos unos sobre otros; á las generaciones precipitarse en la huesa con el puñal en el pecho, y al mundo agitándose convulsivo por espacio de medio siglo, y todo eso para dar á luz la casi legitimidad? Se concebiría una gran república que saliese de este cataclismo social: al menos sería hábil para heredar conquistas de la revolución; á saber: la libertad política; la libertad y la publicidad del pensamiento; la nivelación de las clases; la admisión á todos los cargos; la igualdad de todos ante la ley; la elección y la soberanía popular. Pero, ¿ cómo puede suponerle que un rebaño de sordidas medianías escapadas del naufragio, empleen esos principios? ¿ A qué proporción no los han reducido ya! Los detestan, y solo suspiran por las leyes excepcionales: quisieran coger todas esas libertades bajo la corona que han forjada como bajo una trampa, y luego entretendrían plácidamente con canales, caminos de hierro, baturrillos de arte, arreglos de letras: mundo de máquinas de charlatanismo y de presunción llamando *sociedad modelo*. ¡ Desgraciada cualquier superioridad, cualquier hombre de genio ambicioso, de preferencia, de gloria y de placeres, y de fama, aspirante al trifo de la tribuna, de la lira ó de las armas, que llegase á sobresalir algún día en ese universo de aburrimiento!

» No habría señora, mas que una eventualidad para que la casi-legitimidad continuase vegetando, y sería que el estado actual de la sociedad fuese el estado natural de esa misma sociedad en la época en que nos hallamos. Si el pueblo envejecido estuviese en armonía con su gobierno decrepito; si entre el gobernante y el gobernado existiese armonía de enfermedad y debilidad, entonces, señora, todo abría concluido para V. A. R., como para el resto de los franceses. Pero si no hemos llegado á la edad de la chochez nacional, y si la república inmediata es imposible, la legitimidad es la que parece llamada á renacer. Vivid señora, vuestra juventud, y tendreis los regios harapos de esa pobreza llamada monarquía de julio. Decid á vuestros enemigos lo que vuestra abuela, la reina Blanca, decía á los suyos durante la minoría de San Luis: — « No me altera el esperar. » Las hermosas horas de la vida os han sido dadas en compensación de vuestras desgracias, y el porvenir os traerá tantas felicidades como días os haya arrebatado lo presente.

» La primera razón que milita en vuestro favor, señora, es la justicia de vuestra causa y la inocencia de vuestro hijo. Todas las eventualidades no están contra el buen derecho. »

Después de haber desmenuzado las razones de esperanza que yo no alimentaba, pero trataba de abultar para consuelo de la princesa, continúe:

« Ved aquí, señora, el estado precario de la casi-legitimidad en el interior: en el exterior no es la posición más segura. Si el gobierno de Luis Felipe hubiese conocido que la revolución de julio borraba las transacciones anteriores; que en otra constitución nacional traía otro derecho político y cambiaba los intereses sociales, si hubiese tenido al principio de su carrera discernimiento y valor, hubiera podido, sin disparar un tiro, dotar á la Francia de la frontera que le habían quitado, tan vivo era el asentimiento de los pueblos y tanto el estupor de los reyes. La casi-legitimidad hubiera pagado su corona al contado con un aumento de territorio y se habría atrincherado detrás

de ese baluarte. En vez de aprovecharse de su elemento republicano para marchar de prisa, tuvo miedo de su principio; arrastróse por el suelo abandonó a las naciones sublevadas por ella en favor de ella; de clientes que eran las convirtió en adversarias; apagó el entusiasmo guerrero; cambió en un pusilánime deseo de paz una aspiración ilustrada de restablecer el equilibrio de las fuerzas entre nosotros y los Estados vecinos, de reclamar al menos, cerca de esos Estados, desmesuradamente aumentados, los pedazos separados de nuestra antigua patria. Por debilidad de corazón y falta de ingenio reconoció Luis Felipe tratados que no son de la naturaleza de la revolución, tratados con los cuales no pueden vivir, y que los extranjeros mismos han violado.

«El justo medio ha dejado á los gabinetes extranjeros el tiempo de volver sobre sí y formar sus ejércitos. Y como la existencia de una monarquía democrática es incompatible con la existencia de las monarquías continentales, podrían surgir de esta incompatibilidad las hostilidades, á pesar de los protocolos, los apuros financieros, los temores mutuos, los armisticios prolongados, los despachos benévolos y las demostraciones de amistad. Si nuestra monarquía ciudadana se resigna á los insultos; si los hombres sueñan la paz, los sucesos podrán imponer la guerra.

«Pero que la guerra hunda ó no la casi-legitimidad, sé que nunca pondréis, señora, vuestra esperanza en el extranjero: preferiríais que Enrique V no reinase jamás, á verle llegar bajo el patronato de una coalición europea: en vos misma, en vuestro hijo, es donde fundáis vuestra esperanza. De cualquier modo que se racione acerca de ordenanzas, estas no pueden en manera alguna alcanzar á Enrique V, que, inocente de todo, tiene á su favor la elección de los siglos y sus infortunios natales. Si la desgracia nos interesa en la soledad de una tumba, todavía nos entenece mas cuando vela al lado de una cuna, porque entonces no es ya el recuerdo de una cosa pasada, de una criatura miserable, pero que ha cesado de sufrir, sino que es una penosa realidad que entristece una edad que no debía conocer mas que la alegría, y amenaza á toda una vida que nada le ha hecho y que no ha merecido sus rigores.

«Para vos, señora, hay en vuestras adversidades una autoridad poderosa. Vos, bañada en la sangre de vuestro marido, habeis llevado en vuestro seno al niño que la política llamó *el hijo de Europa* y la religión *el hijo del milagro*. ¿Qué influencia no ejerceis sobre la opinión cuando se os ve guardar solo para el huérfano desterrado la pesada corona que Carlos X sacudió de su cabeza encanecida, y á cuyo peso se sustrajeron otras dos frentes bastante abrumadas de dolores para que les fuese permitido apartar de sí esa nueva carga! Vuestra imagen se presenta á nuestra memoria con esas gracias de mujer, que asentadas sobre el trono parecen ocupar su puesto natural. El pueblo no abraza contra vos prevención alguna; compadece vuestros pesares; admira vuestro valor; conserva el recuerdo de vuestros días de luto; os agradece que os mezclaseis mas tarde en sus placeres y que compartieseis sus gustos y sus regocijos; encuentra un encanto en la vivacidad de esa francesa extranjera, venida de un país unido á nuestras glorias por las jornadas de Fornone, de Marignan, de Arcole y de Marengo. Las musas echan de menos á su protectora, nacida bajo ese hermoso cielo de Italia que le inspiró el amor á las artes é hizo de una hija de Enrique IV una hija de Francisco I.

«La Francia, desde la revolución, ha cambiado con frecuencia de directores, y no ha visto todavía á una mujer en el timón del Estado. Quizá querrá Dios que las riendas de este pueblo indomable, escapadas de las manos devoradoras de la Convención, rotas en las manos victoriosas de Bonaparte, asidas inútilmente por

Luis XVIII y Carlos X, sean reanudadas por una joven princesa, que sepa hacerlas á la vez menos frágiles y mas ligeras.»

Recordando, en fin, á *Madame*, que habia querido pensar en mí para formar parte del gobierno secreto, termino así mi carta:

«En Lisboa existe un magnífico monumento, sobre el cual se lee este epitafio: *Aquí yace Baseo Figueira contra su voluntad*. Mi mausoleo será modesto, y no descansaré en él contra mi voluntad.

Ya conoceis, señora, el órden de ideas en que veo la posibilidad de una restauración: las demás combinaciones estarían fuera del alcance de mi talento, confesaría mi insuficiencia. *Ostensiblemente*, y proclamándome el hombre de vuestra elección, de vuestra confianza, es como encontraría yo alguna fuerza; pero ministro plenipotenciario nocturno, encargado de negocios cerca de las tinieblas, es cosa para la que no me siento con la menor aptitud. Si V. A. R. me nombrase públicamente su embajador cerca del pueblo de la *Nueva Francia*, escribiría en gruesos caracteres sobre mi puerta: *Legación de la antigua Francia*. Sucedería lo que Dios quisiere; pero nada tendría que ver con adhesiones secretas: yo solo sé hacerme culpable de fidelidad en fragante delito.

«Señora, sin rehusar á V. A. R. los servicios que tiene derecho á exigir de mí, le suplico que apruebe el proyecto que he formado de terminar mis días en el retiro. Mis ideas no pueden convenir á personas que poseen la confianza de los nobles desterrados de Holywood: el mejor pasado y la antipatía natural contra mis principios y mi persona renacerían con la prosperidad. Yo he visto rechazar los planes que presenté para el engrandecimiento de mi patria, para dar á la Francia fronteras en las que pudiese existir al abrigo de las invasiones, para sustraerla á la vergüenza de los tratados de Viena y de París. Me he oído llamar renegado cuando defendía á la religión; revolucionario cuando me esforzaba en fundar el trono sobre la base de las libertades públicas. Encontraría los mismos obstáculos, aumentados con el odio que los leales de la corte, ciudad y provincia hubiesen concebido por la lección que les dió mi conducta en el día de la prueba. Tengo muy poca ambición y demasiada necesidad de reposo para hacer de mi adhesión una carga para la corona é imponerle mi presencia importuna. He cumplido mis deberes sin pensar ni por un momento que pudiesen darme derecho al favor de una familia augusta: me considero feliz en que me haya permitido abrazar sus infortunios. Nada veo superior á este honor: ella no encontrará servidor mas celoso que yo, aunque si otros mas jóvenes y mas hábiles. No me creo un hombre necesario, y pienso que no hay ya hoy hombres necesarios: inútil para lo presente, marchó á la soledad á ocuparme de lo pasado. Espero, señora, vivir todavía lo bastante para añadir á la historia de la Restauración la página gloriosa que promete á la Francia vuestros futuros destinos.

«Soy, señora, con el mas profundo respeto de V. A. R. su mas humilde y obediente servidor.

«CHATEAUBRIAND.»

La carta tuvo que aguardar un correo seguro: pasó el tiempo, y añadí á mi despacho la siguiente posdata:

«París 12 de abril de 1832.

«Señora: Todo envejece pronto en Francia: cada día abre nuevas eventualidades á la política y principia otra serie de acontecimientos. Nos hallamos ahora en la enfermedad de Mr. Perier y en el azote de Dios. He enviado al prefecto del Sena la suma de doce

mil francos, que la hija proscripta de San Luis y de Enrique IV ha destinado al alivio de los desgraciados. ¿Qué digno uso de su noble indigencia! Me esforzaré, señora, en ser el fiel intérprete de vuestros sentimientos. No he recibido en mi vida misión con que me haya creído mas honrado.

«Soy con el mas profundo respeto etc.»

Antes de hablar del asunto de los doce mil francos para los coléricos mencionados en la anterior posdata, hay que hablar del cólera. En mi viaje á Oriente no habia encontrado yo la peste, la cual vino á visitarme á mi domicilio: la fortuna, en pos de la que habia yo corrido, me aguardaba sentada á mi puerta.

INCIDENTES.

Pestes.

En la época de la peste de Atenas, el año 431 antes de nuestra era, habian ya asolado al mundo veinte y dos grandes pestes. Los atenienses se figuraron que habian sido envenenados los pozos; figuración popular renovada en todos los contagios. Thucídides nos ha dejado una descripción del azote de Atica, copiada entre los antiguos por Lucrecio, Ovidio, Virgilio, Luciano, y entre los modernos por Boaccio y Manzoni. Es digno de notarse que con motivo de la peste de Atenas no habla Thucídides una palabra de Hipócrates, así como tampoco nombra á Sócrates hablando de Alcibiades. Aquella peste atacaba primero á la cabeza, bajaba al estómago, de allí á las entrañas, y por último á las piernas: si salía por los pies, despues de haber recorrido todo el cuerpo, como una larga serpiente, se sanaba. Hipócrates la llamó el mal divino, y Thucídides el fuego sagrado: ambos á dos lo miraron como el fuego de la cólera celeste.

Una de las pestes mas espantosas fue la de Constantinopla en el siglo v, bajo el reinado de Justiniano. El cristianismo habia modificado ya la imaginación de los pueblos y dado nuevo carácter á una calamidad, así como habia cambiado la poesía: los enfermos creían ver vagar alrededor de ellos espectros y oír voces amenazadoras.

La peste negra del siglo xiv, conocida con el nombre de la *muerte negra*, tuvo su origen en la China: creíase que corría bajo la forma de un vapor de fuego, esparciendo un olor pestífero. Llevóse las cuatro quintas partes de los habitantes de Europa.

En 1375 cayó sobre Milan el contagio que hizo inmortal la caridad de San Carlos Borromeo. Cincuenta años despues, en 1629, aquella infortunada ciudad fue nuevamente visitada por las calamidades de que Manzoni ha hecho una pintura muy superior al cuadro de Boaccio.

En 1660 se renovó el azote en Europa, y en estas dos pestes de 1629 y de 1660 se reprodujeron los mismos síntomas de delirio de la peste de Constantinopla.

«Marsella, dice Mr. Lemontey, salía en 1720 del seno de las fiestas que habian señalado el paso de la señorita de Valois, casada con el duque de Módena. Al lado de aquellas galeras, adornadas todavía de guirnaldas y cargadas de músicos, flotaban algunos buques que traían de los puertos de la Siria la calamidad mas terrible.»

El buque fatal de que habla Mr. Lemontey presentó una patente limpia, y fue admitido por un momento á plática. Ese momento bastó para infestar la atmósfera: una tempestad acrecentó el mal, y se difundió la peste entre truenos.

Cerráronse las puertas de la ciudad y las ventanas

de las casas. En medio del silencio general oíase de vez en cuando abrirse una ventana y caer un cadáver: las paredes se manchaban con su sangre gangrenada, y los perros sin dueño lo aguardaban abajo para devorarlo. En un barrio en que habian perecido todos sus habitantes fueron tapiados á domicilio, como para impedir á la muerte que saliese. De esas calles de grandes sepuleros de familias se pasaba á encrucijadas, cuyo suelo estaba cubierto de enfermos y moribundos tendidos en colchones y abandonados sin socorro. Esos queletos medio podridos yacían al lado de viejos harapos manchados de barro: otros cuerpos permanecían de pie, apoyados contra las paredes, en la misma actitud en que los habia sorprendido la muerte.

Todo habia huido, hasta los médicos: el obispo, Mr. de Belzume, escribía: «Debieran abolirse los médicos, ó á lo menos, darnos otros mas hábiles y menos miedosos. Me ha costado mucho trabajo hacer sacar ciento cincuenta cadáveres medio podridos que habia alrededor de mi casa.»

Un día unos presidiarios se negaban á desempeñar sus fúnebres deberes: el apóstol subió sobre uno de sus carros, se sentó encima de una porción de cadáveres, y mandó á los presidiarios que marcharan: la muerte y la virtud caminaban al cementerio conducidas por el crimen y el vicio, asustados y llenos de admiración. A la esplanada de Tourette, á las orillas del mar, se habian estado trasladando, por espacio de tres semanas, cuerpos muertos que expuestos al sol y fundidos por sus rayos ofrecían el espectáculo de un lagoapestado. En aquella superficie de carnes liquidadas solo los gusanos imprimían algun movimiento á formas apiñadas, indefinibles, que podían haber sido efigies humanas.

Quando el contagio principió á ceder, Mr. de Belzume, al frente de su clero, se trasladó á la iglesia de los *Aceoules*; subido sobre una esplanada, desde donde se veía á Marsella, los campos, los puertos y el mar, dió la bendición, como el papa en Roma bendice la ciudad y el mundo. ¿Qué mano mas poderosa ni mas pura podía hacer bajar sobre tantas desgracias las bendiciones del cielo?

Así fue como la peste devastó á Marsella, y cinco años despues de aquellas calamidades, se colocó sobre la fachada de la casa de la ciudad la inscripción siguiente, como esos pomposos epitafios que se leen sobre un sepulcro:

*Massilla Phocensium filia, Romæ soror,
Carthaginiæ terror, Athenarum æmula.*

EL CÓLERA.

PARIS, calle del Infierno, mayo de 1832.

El cólera, que salió del Delta del Ganges en 1817, se propagó en una extensión de dos mil doscientas leguas de Norte á Sud y de tres mil quinientas de Oriente á Occidente, desolando mil cuatrocientas poblaciones y arrebatando cuarenta millones de individuos. Se ha publicado un mapa de la marcha de este conquistador: empleó quince años en venir de la India á París; esto es marchar tan aprisa como Bonaparte, el cual empleó poco mas ó menos el mismo número de años en pasar de Cádiz á Moscov, y no hizo perecer mas que dos ó tres millones de hombres.

¿Qué es el cólera? ¿Es un viento mortal? ¿Son insectos que tragamos y nos devoraa? ¿Qué es esa gran muerte negra armada de su guadaña que atravesando montes y mares ha venido como una de esas terribles pagodas adoradas á orillas del Ganges á atropellarnos á orillas del Sena bajo las ruedas de su carro? Si ese azote hubiese caído en medio de nosotros en un siglo religioso, y se hubiese ensanchado en la poesía de las costumbres y de las creencias populares, hubiera de-

jado un cuadro interesante. Figúrese el lector un paño mortuorio ondeando á modo de bandera en lo alto de las torres de Nuestra Señora: el cañon haciendo oír por intervalos cañonazos solitarios para advertir al imprudente viajero que se aleje; un cordón de tropas cercando la ciudad sin dejar salir ni entrar á nadie; las iglesias llenas de una multitud doliente: los sacerdotes rezando día y noche las oraciones de una agonía continua; el viático llevado de casa en casa con hachas y campanillas; las campanas haciendo oír sin cesar su lúgubre clamoreo; los frailes, con su crucifijo en la mano, llamando en las encrucijadas al pueblo á la penitencia, predicando la cólera y el juicio de Dios, manifestados sobre los cadáveres ya ennegrecidos por el fuego del infierno.

Luego las tiendas cerradas, el pontífice rodeado de su clero, dirigiéndose con los respectivos curas á la cabeza de su parroquia á tomar la caja de Santa Genoveva; las santas reliquias paseadas alrededor de la ciudad, precedidas de la larga procesion de las diferentes órdenes religiosas, cofradías, gremios de artesanos, congregaciones de penitentes, hermandades de mujeres veladas, alumnos de la universidad, curas de los hospicios, soldados sin armas ó con las picas vueltas; el *Miserere*, cantado por los curas, mezclándose á los cánticos de los jóvenes y de los niños; todos, á ciertas señales, prosternándose en silencio y levantándose para hacer oír nuevos lamentos.

Nada de eso: el cólera ha llegado entre nosotros en un siglo de filantropía, de incredulidad, de periódicos, de administracion material. Ese azote sin imaginacion no ha encontrado ni antiguos claustros, ni religiosos, ni bóvedas, ni sepulcros góticos: como el terror en 1793, se paseó con aire burlon á la luz del día, en un mundo enteramente nuevo, acompañado de su boletín, que referia los remedios que se habian empleado contra él, el número de victimas que habia hecho, en dónde estaba, la esperanza que se tenia de verle coucluir, las precauciones que debian tomarse para ponerse á cubierto de él, lo que se debía de comer, cómo se habia de vestir... Y todos continuaban ocupándose en sus negocios, y los teatros estaban llenos. Vi en la barrera borrachos, sentados delante de la puerta de la taberna, bebiendo junto á una mesita de madera, y gritando con el vaso en alto: «A tu salud, *Morbo!* Morbo en reconocimiento acudia, y aquellos caian muertos debajo de la mesa. Los muchachos jugaban al *cólera*, llamándole el *Nicolás Morbo* ó el *malvado Morbo*. El cólera tenia su terror; un sol brillante, la indiferencia de la multitud, el movimiento ordinario de la vida que continuaba por todas partes, daban á aquellos dias de peste un carácter nuevo y otra especie de espanto. Sentíase un malestar en todos los miembros; un viento Norte, seco y frio, secaba á las personas: la atmósfera tenia un cierto sabor metálico que se agarraba á la garganta. En la calle de Cherche-Midi los furgones del depósito de artillería hacian el servicio de los cadáveres. En la calle de Sevres, completamente devastada, especialmente por un lado, iban y venian los carros de muertos de puerta en puerta, sin poder dar cumplimiento á las demandas. Gritaban por las ventanas: «¡Carro, aquí!» y el conductor contestaba que iba cargado y no podia servir á todos. Un amigo mio, Mr. Pouqueville, viniendo á comer á mi casa el día de Pascua, al llegar al *bulevar* del Monte Parnaso fue detenido por una serie de ataúdes, llevados casi todos en hombros. En aquella procesion vió el ataúd de una joven, sobre el que se ostentaba una corona de rosas blancas. Un olor á cloro formaba una atmósfera infestada que dejaba rastro en pos de aquel florido ataúd.

En la plaza de la Bolsa, en donde se reunian grupos de artesanos que cantaban la *Parisiense*, se vió muchas veces hasta las once de la noche desfilar entierros hácia el cementerio de Montmartre, á la clari-

dad de hachones de brea. El Puente-Nuevo estaba atestado de camillas cargadas de enfermos para los hospitales ó de muertos que habian espirado en el camino. Por algunos dias cesó el derecho de peaje en el puente de las Artes; desaparecieron los puestos portátiles, y como soplabá el viento Nordeste, todos los que vendian géneros y tenian tiendas cerraron sus puertas. Encontrábanse carruajes cubiertos con un toldo y precedidos de un recogedor de apestados, delante de los cuales iba un oficial del estado civil con una lista en la mano. Llegaron á faltar estos empleados, y fue preciso llamar otros de Saint-Germain, la Vilette y Saint-Cloud. Además los carros de muertos contenian cinco ó seis ataúdes, sujetos con cuerdas. Omnibus y fiacres servían para el mismo uso, y no era raro ver un cabrióle adornado con un cadáver tendido en la delantera. Algunos difuntos eran presentados en las iglesias, y un sacerdote rociaba con agua bendita á aquellos fieles de la eternidad reunidos.

En Atenas creyó el pueblo que los pozos inmediatos al Pireo habian sido envenenados, en París se acusó á los mercaderes de haber envenenado los vinos, los licores, los confites y los comestibles. Muchas personas fueron asesinadas, arrastradas por la calle y precipitadas en el Sena. La autoridad tuvo que echarse en casa avisos torpes ó culpables.

¿Cómo ese azote, cual chispa eléctrica, pasó de Londres á París? No se podria explicar. Esa muerte caprichosa se adhiere muchas veces á un punto del suelo, á una casa, y deja intactos los alrededores de aquel punto infestado; en seguida retrocede, y vuelve á coger lo que habia olvidado. Una noche me sentí atacado, y se apoderó de mí un escalofrio con calambres en las piernas; no quise llamar por miedo de asustar á Mad. de Chateaubriand. Me levanté; eché en la cama toda cuanta ropa habia en el cuarto, y metiéndome otra vez en ella, me sacó del apuro un sudor abundante. Pero me quedé destroncado, y en esa situacion de malestar me vi obligado á escribir mi folleto sobre los doce mil francos de la duquesa de Berry.

No hubiera sentido gran cosa el haberme ido llevado bajo del brazo de ese hijo primogénito de Visfionou, cuya mirada lejana mató á Bonaparte sobre su roca á la entrada del mar de las Indias. Si todos los hombres atacados de un contagio llegasen á morir, ¿qué sucederia? Nada: la tierra des poblada continuaria su camino solitario, sin necesidad de otro astrónomo para contar sus pasos que el que los midió desde la eternidad; no presentaria cambio ninguno á los habitantes de los demás planetas, los cuales la verian llenar sus funciones acostumbradas: sobre su superficie, nuestras pequeñas obras, nuestras ciudades, nuestros monumentos serian reemplazados por selvas entregadas á la soberanía de los leones: ningun vacío apareceria en el universo. Y sin embargo, habria de menos esa inteligencia humana que conoce los astros y se eleva hasta el conocimiento de su autor. ¿Qué sois vos, pues, oh inmensidad de las obras de Dios, en las que el genio del hombre, que equivale á la naturaleza entera, si llegase á desaparecer, no haria mas falta que el mejor átomo desprendido de la creacion!

LOS DOCE MIL FRANCO DE LA DUQUESA DE BERRY.

PARIS, calle del Infierno, mayo de 1842.

Mad. de Berry tiene su pequeño consejo en París como Carlos X tiene el suyo; recogíanse en su nombre pequeñas sumas para socorrer á los realistas mas pobres. Propuse que se distribuyese entre los coléricos una suma de doce mil francos de parte de la madre de Enrique V. Escribióse á Massa, y no solo aprobó la princesa la disposicion de los fondos, sino

«Paris 18 de abril de 1832.

«Caballero: Estaba ausente de la alcaldía cuando se presentó en ella la persona que habeis enviado: esto os explicará el retraso que ha sufrido mi respuesta.

«No habiendo el prefecto del Sena aceptado el dinero que os habeis encargado de ofrecerle, me parece que ha trazado la conducta que deben seguir los miembros del consejo municipal. Imitaré el ejemplo del señor prefecto con tanto mas motivo, cuanto que creo conocer y participar euteramente de los sentimientos que han debido motivar su repulsa.

«No me haré cargo sino de paso del título de *alteza real* dado con alguna afectacion á la persona de que os constituís órgano: la hija política de Carlos X no es una *alteza real* en Francia, por que su suegro no es rey. Pero, caballero, nadie hay que no esté moralmente convencido de que esa señora obra con mucha actividad, y esparce sumas mucho mas considerables que la que habeis sido encargado de distribuir, para excitar disturbios en nuestro país y hacer estallar en él la guerra civil. La limosna que pretende hacer no es mas que un medio de atraer hácia ella y hácia su partido una atencion y una benevolencia que sus intenciones están lejos de justificar. No encontrareis, pues, extraño que un magistrado fuertemente adicto á la monarquía constitucional de Luis Felipe rehuse un socorro que procede de semejante origen y busque en verdaderos ciudadanos unos beneficios mas puros, dirigidos sinceramente á la humanidad y á la patria.

«Soy con la mayor consideracion, etc.

«F. CADET DE GASSICOURT.»

«Ese ataque de Mr. Cadet de Gassicourt contra aquella señora y contra su padre político es muy digno! ¿Qué progreso de las luces y de la filosofía! ¿Qué indomable independencia! MM. Fleurant y Purgon no se atrevian á mirar el rostro de las personas sino de rodillas: Mr. Cadet dice como el Cid: «¡Nosotros nos levantamos entonces!» Su libertad tiene tanto mas valor, cuanto que ese *padre político* (en otros términos, el hijo de San Luis) se hallaba proscripto. Mr. de Gassicourt es superior á todo esto, y desprecia igualmente la nobleza del tiempo y de la desgracia. Con el mismo desden por las preocupaciones aristocráticas, me suprime el *de* y se apodera de él como de una conquista hecha sobre la nobleza. ¿Pero no habrá habido algunas antiguas rivalidades, algunas antiguas controversias históricas entre la casa de los Cadet y la de los Capet (Capetos)? Enrique IV, abuelo de ese *padre político*, que no es mas rey que esa señora es *alteza real*, cruzaba un día la selva de Saint-Germain: ocho señores se habian emboscado en ella para matar al Bearnés y fueron aprehendidos. «Uno de esos galanes, dice l'Etoile, era un boticario que pidió hablar al rey, y el que, habiendo preguntado S. M. de qué profesion era, respondió que boticario. — «Pues qué, dijo el rey, ¿se acostumbra aquí hacer profesion de boticario? ¿Acechais á los caminantes para?...» Enrique VI era soldado; el pudor no le contenia, y no retrocedia ante una palabra como no retrocedia ante el enemigo.»

Sospecho que Mr. de Gassicourt, en vista de su acrimonia contra el nieto de Enrique IV, sea nieto del boticario de la Liga. El alcalde del cuarto distrito me habia escrito sin duda con la esperanza de que cruzase yo el acero con él; pero no quiero cruzar nada con él: perdóneme si le dejo aquí una pequeña muestra de mi memoria.

Desde aquellos dias en que habia yo visto pasar las grandes revoluciones y los grandes revolucionarios,

que hubiera deseado que se repartiése una cantidad mas considerable; su aprobacion llegó el día mismo en que envié el dinero á las alcaldías. Todo es, pues, exactamente verdadero en mis esplicaciones sobre el donativo de la desterrada. El 14 de abril envié al prefecto del Sena la suma íntegra para que fuese distribuida entre la clase indigente de la poblacion de París atacada del contagio. Mr. de Bondy no se hallaba en la casa de la ciudad cuando le fue llevada mi carta. El secretario general abrió esta, y no se creyó autorizado para recibir el dinero. Trascurrieron tres dias, al cabo de los cuales me contestó al fin Mr. de Bondy que no podia aceptar los doce mil francos, porque se veria en eso, bajo una beneficencia aparente, una combinacion política, contra la que la poblacion parisiense protestaria en masa con su repulsa. Entonces mi secretario pasó á las doce alcaldías. De los cinco alcaldes presentes, cuatro aceptaban el donativo de mil francos, y uno lo rehusó. De los siete alcaldes ausentes, cinco guardaron silencio, y dos rehusaron. Al punto me vi sitiado por un ejército de indigentes; establecimientos de beneficencia y de caridad, artesanos de todas clases, mujeres y niños, polacos é italianos desterrados, literatos, artistas, militares, todos escribieron, todos reclamaron una parte del beneficio. Si hubiese tenido un millon, habria sido distribuido en pocas horas. Mr. de Bondy se equivocaba al decir que la poblacion de París protestaria en masa con su repulsa: la poblacion de París tomará siempre el dinero de todo el mundo. El azoramiento del gobierno era para causar risa: no parecia sino que ese péfido dinero legitimista iba á sublevar á los coléricos, á escitar en los hospitales una insurreccion de agonizantes para dar un asalto á las Tullerías, con ataúd batiente, clamoreo lúgubre y sudarios desplegados al mando de la muerte. Mi correspondencia con los alcaldes se prolongó por la complicacion de la repulsa del prefecto de París. Algunos me escribieron para enviarme mi dinero ó reclamarme sus recibos del donativo de la señora duquesa de Berry. Yo se los envié lealmente, dando el siguiente resguardo al alcalde del duodécimo distrito:

«He recibido de la alcaldía del duodécimo distrito la suma de mil francos, que aquella habia aceptado primero y me ha devuelto por orden del prefecto del Sena.

«PARIS, 22 de abril de 1832.»

El alcalde del noveno distrito, Mr. Cronier, tuvo mas valor y conservó los mil francos, lo cual le valió ser destituido. Le escribí este billete:

«29 de abril de 1832.

«Caballero: He sabido con el mayor sentimiento la desgracia de que el beneficio de la duquesa de Berry ha sido para vos causa ó pretexto. Tendreis para consolaros la estimacion pública, la conciencia de vuestra independencia y la dicha de haberos sacrificado á la causa de los desgraciados.

«Tengo el honor, etc.»

El alcalde del cuarto distrito era un hombre muy distinto; Mr. Cadet de Gassicourt, poeta farmacéutico, autor de composiciones ligeras, que escribió en su tiempo, en el tiempo de la libertad y del imperio, una agradable declaracion clásica contra mí prosa romántica y la de Mad. de Stael; Mr. Cadet de Gassicourt era el que tomó por asalto la cruz del pórtico de Saint-Germain-l'Auxerrois, y el que en una proclama sobre el cólera dió á entender que esos pícaros carlistas podian ser muy bien los envenenadores del vino, y á los que el pueblo habia sabido ya hecer justicia. El ilustre campeón me escribió la siguiente carta:

todo se había reducido á bien pequeñas proporciones. Los hombres que hicieron caer una encina, vuelta á plantar demasiado vieja para que echase de nuevo raíces, se dirigieron á mí pidiéndome algun dinero de la viuda para comprar pan; la carta de la comision de los condecorados de julio es un documento digno de anotarse para enseñanza del porvenir.

«Paris 20 de abril de 1832.

(La contestacion á Mr. Gibert-Arnaud, secretario gerente de la comision, calle de San Nicasio, núm. 3.)

«Señor vizconde: Los individuos de nuestra comision acuden con confianza á suplicaros tengais á bien honrarlos con un donativo en favor de los condecorados de julio. Padres de familia desgraciados, en estos momentos de peste y de miseria, la beneficencia inspira la mas sincera gratitud. Nos atrevemos á esperar que consentireis en dejar poner vuestro nombre al lado de los del general Bertrand, el general Excelmans, el general Lamargue, el general Lafayette y varios embajadores, pares de Francia y diputados.

«Os suplicamos que nos honreis con alguna contestacion; y si, contra lo que esperamos, nuestra súplica no fuese atendida, tened la bondad de enviarnos la presente.

«Os rogamos, señor vizconde, que os digneis recibir el homenaje de nuestros respetuosos saludos.

«Los miembros activos de la comision constitutiva de los condecorados de julio:

«El visitador, FAURE.

«El comisionado especial, CIPRIANO DESMAREST.

«El secretario gerente, GIBERT-ARNAUD.

«El adjunto, TOUREL.»

Yo no me cuidaba de perder la ventaja que me daba aquí sobre ella la revolucion de julio. Distinguiendo de personas se crearia ilotas entre los infortunados, los cuales por ciertas opiniones políticas no podrían ser socorridos nunca. Apresureme á enviar cien francos á aquellos señores, con este billete:

«Paris, 22 de abril de 1832.

«Señores: os doy infinitas gracias por haberos dirigido á mí para que socorra á algunos padres de familia desgraciados. Me apresuro á enviaros la suma de cien francos, y siento no poderos ofrecer un donativo mas considerable.

«Tengo el honor, etc.

«CHATEAUBRIAND.»

Enviaronme al momento el siguiente recibo:

«Señor vizconde: Tengo el honor de daros las gracias y enviaros el recibo de la suma de cien francos que vuestras bondades destinan á socorrer á los desgraciados de julio.

«Salud y respeto.

«El secretario gerente de la comision, GIBERT-ARNAUD.

«23 de abril.»

Asi se ve que la duquesa de Berry dió limosna á los mismos que la expulsaron. Las transacciones muestran al descubierto el fondo de las cosas. Váyase á creer algo real en un país en donde nadie se cuida de los inválidos de su partido; en donde los héroes de la víspera son los abandonados del dia siguiente; en donde un poco de oro hace acudir á la muchedumbre, como los pichones de una casa de labranza acuden á la mano que les echa el grano.

Quedábanme todavía cuatro mil francos de los doce. Dirigime á la religion, y el señor arzobispo de Paris me escribió esta noble carta:

«Paris, 26 de mayo de 1832.

«Señor vizconde: La caridad es católica como la fe, extraña á las pasiones de los hombres, independiente de sus movimientos: uno de los principales caracteres que la distinguen es, segun San Pablo, no pensar el mal *non cogitat malum*. Ella bendice á la mano que da y á la mano que recibe, sin atribuir al generoso bienhechor otro motivo que el de hacer bien y sin pedir al pobre necesitado otra condicion que la de la necesidad. Ella acepta con un profundo y sensible reconocimiento el donativo que la augusta viuda os ha encargado confiarle para ser empleado en el alivio de nuestros desgraciados hermanos, víctimas del azote que asola á la capital.

«Ella hará con la mas exacta escrupulosidad el reparto de los cuatro mil francos que me habeis entregado de su parte, de que mi carta es un nuevo resguardo, y de los que tendré el honor de enviaros un estado de su distribucion tan luego como hayan quedado cumplidas las intenciones de la bienhechora.

«Tened á bien, señor vizconde, transmitir á la señora duquesa de Berry la expresion de agradecimiento de un pastor y de un padre, que cada dia ofrece á Dios su vida por sus ovejas y sus hijos, y que invoca por todas partes los auxilios capaces de igualar á sus miserias. Su régio corazón habrá encontrado sin duda ya en sí mismo la recompensa del sacrificio que ella consagra á nuestros infortunios: la religion le asegura ademas el afecto de las divinas promesas consignadas en el libro de las bienaventuranzas para los *misericosordiosos*.

«Se ha hecho inmediatamente el reparto entre los curas de las doce parroquias principales de Paris, á los que he dirigido la carta de que incluyo copia.

«Recibid, señor vizconde, la seguridad, etc.

«JACINTO, arzobispo de Paris.»

Admira siempre ver lo bien que la religion se presta al estilo, dando hasta á los lugares comunes una gravedad y conveniencia que se advierten desde luego. Esto forma contraste con el hacinamiento de cartas anónimas que se mezclan á las que acabo de citar. La ortografía de esas cartas anónimas es bastante correcta y buena la letra: son, hablando con propiedad *literarias*, como la revolucion de julio. Son las envidias, los odios, las vanidades, escritorzuelos escudados con la inviolabilidad de una cobardía que, no mostrando el rostro, no puede hacersele visible con un bofetón.

MUESTRAS.

«¿Querrás decirnos, viejo republicaniño, el dia en que quieras engordar tus pajarracos? Fácil nos será proporci-narte grasa de chuanes, y si quisieses sangre de tus amigos para escribir su historia, no falta en el lodo de Paris, que es su elemento.

«Viejo tunante, pregunta á tu malvado y digno amigo Fitz-James si la pedrada que ha recibido en la parte feudal le ha dado gusto. Atajo de canallas, ya os arrancaremos las tripas del vientre, etc. etc.»

En otro anónimo se ve bien delineado un cadalso en estas palabras:

«Ponte á los piés de un sacerdote y haz el acto de contricion, porque se quiere tu vieja cabeza para acabar con tus traiciones.»

El cólera dura todavía: la respuesta que yo dirigiese á un adversario conocido ó desconocido le llegaría quizá cuando estuviese tendido en el umbral de su puerta. Si estuviere, por el contrario, destinado á vivir, ¿en dónde me llegaría su réplica? Quizá en ese lugar de reposo, de que hoy nadie puede asustarse, especialmente los que hemos extendido nuestros años entre el terror y la peste, primero y último horizonte de nuestra vida. Basta: dejemos pasar los féretros.

CORTEJO FÚNEBRE DEL GENERAL LAMARQUE.

Paris, calle del Infierno, 10 de junio de 1832.

El cortejo fúnebre del general Lamarque ha traído dos jornadas sangrientas, y la victoria de la casi-legitimidad sobre el partido republicano. Este partido, incompleto y dividido, ha hecho una resistencia heroica.

Se ha declarado á Paris en estado de sitio: esto es, la censura en la mayor escala posible, la censura á la manera de la Convencion, con la diferencia de que el tribunal revolucionario se halla reemplazado por una comision militar. En 1832 se ha mandado fusilar á los que ganaron la victoria en julio de 1830: se sacrifica á esa misma escuela política y á esa misma artillería de la guardia nacional que conquistaron el poder para los que ahora las persiguen, las reniegan y las licencian. Los republicanos tienen seguramente sobre sí la falta de haber preconizado medidas de anarquía y de desórden: ¿pero por qué no empleásteis brazos tan nobles en nuestras fronteras? Nos habrian librado del yugo ignominioso del extranjero. No habrian quedado en Paris cabezas generosas, exaltadas, fermentando y enardeciéndose contra la humillacion de nuestra política exterior y contra la mentida fe de la nueva monarquía. Habeis sido inexorables vosotros, que sin haber participado de los peligros de las tres jornadas habeis recogido el fruto de ellas. Id ahora con las madres á reconocer los cuerpos de esos condecorados de julio, de quienes teneis destinos, riquezas, honores. ¡Jóvenes, no todos obteneis la misma suerte en las mismas riberas! Teneis un sepulcro bajo la columnata del Louvre y un sitio en el depósito público de cadáveres, los unos por haber arrebatado, los otros por haber dado una corona. ¿Quién sabe vuestros nombres, sacrificadores y víctimas para siempre ignorados de una revolucion memorable? ¿Se conoce la sangre en que se hallan cimentados los monumentos que los hombres admiran? Los trabajadores que construyeron la gran pirámide para el cadáver de un rey sin gloria, duermen olvidados en la arena al lado de la indigente raiz que sirvió para alimentarlos mientras trabajaban.

LA DUQUESA DE BERRY BAJA Á PROVENZA Y LLEGA Á LA VANDEE.

Paris, calle del Infierno, fines de julio de 1832.

Apenas sancionó la duquesa de Berry la medida de los doce mil francos, se embarcó para su famosa aventura. El levantamiento de Marsella se habia frustrado: no quedaba mas que hacer una tentativa en el Oeste; pero la gloria vandeana es una gloria aparte, que vivirá en nuestros fastos. Sin embargo, las tres cuartas partes y media de la Francia han elegido otra gloria: objeto de envidia ó de antipatía, la Vandée es una oriflama venerada y admirada en el tesoro de San Dionisio, bajo la que la juventud y el porvenir no se alistarán ya en lo sucesivo.

Desembarcada *Madame* como Bonaparte en la costa de Provenza, no ha visto volar la bandera blanca de campanario en campanario: engañada en sus esperanzas, se halló casi sola en tierra con Mr. de Bourmont.

El mariscal queria hacerle pasar otra vez la frontera inmediatamente; pero ella pidió la noche para meditarlo: durmió bien entre las rocas, al ruido del mar, y por la mañana al despertarse tuvo un noble ensueño en su pensamiento:—«Ya que estoy en el suelo de Erancia, no me iré de él: partamos para la Vandée.» Avisado Mr. de... por un hombre fiel, la tomó en su carruaje como si fuese mujer suya; atravesó con ella toda la Francia, y fué á dejarla en ***, en donde permaneció algun tiempo en un castillo sin ser reconocida de nadie, á excepcion del cura del lugar: el mariscal Bourmont debia reunirse con ella en la Vandée por otro camino.

Instruidos de todo esto en Paris, nos era fácil prever el resultado. La empresa tenia otro inconveniente para la causa realista, y era descubrir la debilidad de esa causa y disipar ilusiones. Si *Madame* no hubiera bajado á la Vandée, la Francia hubiera creído siempre que habia en el Oeste un campamento realista en reposo, como yo le llamaba.

Pero, en fin, todavía quedaba un medio de salvar á *Madame* y echar un nuevo velo sobre la verdad; era preciso que la princesa marchara inmediatamente, y que llegando con sus riesgos y peligros como un valiente general que va á pasar revista á su ejército y á templar su impaciencia y ardor; declarar que habia acudido para decir á sus soldados que no era favorable todavía el momento de obrar y que volveria á ponerse á su frente cuando fuese propicia la ocasion. *Madame* habria mostrado una vez un Borbon á los vandeanos, y las sombras de los Catherineau, los Elbée, los Bonchamps, los Larochejacquelein, los Charette se habrian regocijado.

Reunióse nuestro comité, y mientras que estábamos deliberando, llegó de Nantes un capitán que nos dijo el punto habitado por la heroína. El capitán era un gallardo jóven, valiente como un marino, original como un breton. Desaprobaba la empresa, porque la hallaba insensata; pero decia:—«Si *Madame* no se va, se trata de morir, y punto concluido; luego, señores del consejo, haced ahorcar á Walter Scott, porque este es el verdadero culpable.» Yo fui de parecer de que se escribiesen nuestros sentimientos á la princesa. Mr. Berryer, que se disponia á ir á defender un pleito en Quimper, se ofreció generosamente llevar la carta y ver á *Madame* si podia. Cuando fue preciso redactar el billete, nadie se cuidaba de escribirle, y me encargué de ello.

Nuestro mensajero partió, y aguardamos los sucesos. Pronto recibí por el correo el billete siguiente, que no habia sido cerrado, y que sin duda habia sido leído por la autoridad.

Angulema 7 de junio.

«Señor vizconde: Habia recibido y transmitido vuestra carta del viernes último, cuando el prefecto del Loira Inferior me invitó á salir de Nantes. Estaba en camino y á las puertas de Angulema, cuando me condujeron á presencia del prefecto, el cual me notificó una orden de Mr. de Montalivet para ser conducido de nuevo á Nantes, escoltado por la gendarmería. Desde mi salida de Nantes fue declarado en estado de sitio el departamento del Loira Inferior, de modo que por medio de esa traslacion ilegal me sometén á las leyes excepcionales. Escribo al ministro pidiéndole que me haga llamar á Paris, y le envio la carta por este mismo correo. Parece haber sido mal interpretado mi viaje á Nantes. Juzgad en vuestra prudencia si creéis conveniente hablar de ello al ministro. Os pido perdon por haceros esta súplica; pero no puedo dirigirme mas que á vos.

«Creed, señor vizconde, en mi antiguo y sincero afecto, asi como en mi profundo respeto.

«Vuestro afectísimo servidor,

«BERRYER, hijo.

»P. D. No hay momento que perder, si quereis ver al ministro. Me dirijo á Tours, donde me hallarán todavía el domingo sus nuevas órdenes: puede trasmitirlas ó por el telégrafo ó por medio de un propio.»

En la contestacion siguiente bice saber á Mr. Berryer el partido que yo habia tomado:

«Paris 10 de junio de 1832.

»Recibí, caballero, vuestra carta, fechada en Angulema á 7 del corriente. Era ya demasiado tarde para ver al ministro del Interior, como deseábais; pero le escribí inmediatamente, acompañándole vuestra propia carta inclusa en la mia. Espero que la equivocacion que ha dado márgen á vuestra detencion sea re-



LA DUQUESA DE BERRY.

Mr. Berryer, evitará dar á la ley un efecto retroactivo. Me atrevo, señor vizconde, á esperar todo de vuestra imparcialidad.

»Tengo el honor de ser, etc., etc.

»CHATEAUBRIAND.»

MI PRISION.

Paris, calle del Infierno, fines de julio de 1832.

Un antiguo amigo mio, Mr. Prisell, inglés, acababa de perder en Passey á su hija única, de edad de diez y siete años. Habia yo ido el 19 de junio al entierro de la pobre Elisa, cuyo retrato estaba acabando la linda Mad. Delessert, cuando la muerte dió en él su última pincelada. De vuelta á mi soledad, en la calle del Infierno, habíame acostado lleno de esos

conocida muy pronto, y seais vos puesto en libertad y devuelto á vuestros amigos, en cuyo número os ruego me conteis. Mil recuerdos afectuosos, con la nueva seguridad de mi completo y sincero cariño.

»CHATEAUBRIAND.»

Mi carta al ministro del Interior decia asi:

«Paris 9 de junio de 1832.

»Señor ministro del Interior: Acabo de recibir la carta adjunta. Como es probable que no pudiese veros tan pronto como lo desea Mr. Berryer, tomo el partido de enviaros su carta. Su reclamacion me parece justa: será tan inocente en Paris como en Nantes, y en Nantes como en Paris: la autoridad reconocerá esto, y haciendo justicia á la reclamacion de

Copia

PREFECTURA DE POLICIA.

«De orden del rey:

»Nos, consejero de Estado, prefecto de policia,

»En atencion á las noticias que se nos han comunicado,

»En virtud del artículo 10 del código de procedimientos criminales:

«Requerimos al comisario de policia ó á otro, en caso de no poder este, para que se traslade á casa del vizconde de Chateaubriand y á todos los puntos donde sea necesario, acusado de complot contra la seguridad del Estado, á fin de buscar y ocupar todos los papeles, correspondencias y escritos que contengan provocaciones á crímenes y delitos contra la paz pú-

blica, ó sean susceptibles de exámen, igualmente que todos los objetos sediciosos ó armas que se hallen en su poder.»

Mientras que yo leia la declaracion del gran complot contra la seguridad del Estado, de que yo, miserable, era acusado, el capitán de los agentes dijo á sus subordinados:—«Señores, haced vuestro deber.» El deber de aquellos hombres era abrir todos los armarios, registrar todos los bolsillos, apoderarse de todos los papeles, cartas y documentos, leer estos, si es que podian, y descubrir toda arma, como se decia en el mencionado mandamiento.

Despues que leí este, dije, dirigiéndome al respetable gefe de aquellos ladrones de hombres y libertades:—«Ya sabeis que yo no reconozco vuestro gobierno, y protesto contra la violencia que me haceis; pero como no soy el mas fuerte, y no tengo el menor deseo



PRISION DE CHATEAUBRIAND.

e andar á puñadas con vos, voy á levantarme y á seguiros: tened la bondad de sentaros.»

Me vestí, y sin tomar nada conmigo; dije al venerable comisario:—«Estoy á vuestras órdenes. ¿Vamos á pié?—No, señor; he cuidado de tomar un fiacre.—Mucha bondad es esa: partamos; pero permitidme que me despida de Mad. de Chateaubriand ¿Consentireis que entre solo en el cuarto de mi mujer?—Os acompañaré hasta la puerta, y allí os esperaré.—Muy bien.» Y bajamos.

Por todo el camino fui encontrando sus centinelas, habiendo colocado uno hasta en el bulevar junto á

una pequeña puerta que habia al extremo de mi jardin. Díglele al jefe:—«Muy inútiles eran todas estas precauciones, porque no tengo la menor intencion de escaparme.» Los agentes habian revuelto mis papeles pero nada habian cogido. Mi gran sable de mameluco; les llamó la atencion; pero se hablaron por lo bajo, y concluyeron por dejar el arma bajo un monton de infolios empolvados, entre los que yacia con un crucifijo de madera amarilla que habia yo traído de la Tierra-Santa.

Aquella pantomima casi me hubiera dado gana de reir, pero me hallaba cruelmente atormentado respecto